

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

INDICE IDEOLOGICO

La España de Larra

VIII

OFICIAL (PROSA). — «¿No sería bueno que... se comenzasen a emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer, por lo menos, y escribir?» (Buenas noches, enero 1836). ¿Qué efecto haría la Gaceta escrita en prosa sencilla y clara? ¿Por qué existe una prosa oficial, llena de ampulósidades, hipóboles y giros grotescos? Hay una prosa oficial y un estilo políticos. Durante los últimos cincuenta años, nuestros políticos—en general—se han afeitado a un cierto casticismo que se nos antoja no tiene nada de castizo. La tendencia la inició Estébanez Calderón. El Solitario influyó poderosamente sobre Cánovas, su sobrino; Cánovas ha influido a su vez sobre los demás políticos españoles. Este capítulo es interesante; pero pasemos a otra cosa.

ORADORES. — «¡Fuerat exclamé, ¡Fuerat como si oyese hablar un orador en las Cortes». (El día de difuntos, 1836). Con demasiado calor lo toma nuestro amigo Larra. Mejor es, cuando habla un orador de esos, marcharse tranquilamente al salón de Conferencias. «Fue mi primera idea, escribir... a mis dignos amigos y compañeros, como diría un diputado». (Figaro a los redactores de El Mundo, diciembre 1836). Larra ridiculiza aquí las fórmulas redundantes e incongruentes de la oratoria parlamentaria. «Mi particular y querido amigo», «mi ilustre y elocuentísimo adversario», «con la habilidad y la elocuencia que le reconoce toda la Cámara», «con frases de una maravillosa elocuencia...» Señores míos: hablen ustedes con más llaneza y más verdad. En otra parte Larra dice a don Antonio M.º Segovia que si ellos dos fueran diputados podrían alabar «uno a otro sin conciencia». (Larra al Estudiante, enero 1837). Continuamente estamos presenciando esos mutuos y absurdos elogios de los oradores parlamentarios.

ORDEN. — «Es bueno tener entendido que en política se llama orden a lo que existe, y que se llama desorden este mismo orden cuando le sucede otro orden distinto». (Un rey de muerte, marzo 1835). Lucien Rigaud en su Dictionnaire des lieux communs—Paris, Ollendorff, 1881—dice lo siguiente en el artículo Orden: «Bajo la república basta, por ejemplo, con gritar ¡Viva Napoleón! para ser perseguido por haber intentado alterar el orden establecido. Bajo Napoleón era todo lo contrario; bastaba gritar ¡Viva la República! para ser acusado, etc., y así sucesivamente...»

PALABRAS Y COSAS. — «... en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres» (Segunda y última carta de Figaro al bachiller su corresponsal desconocido, agosto 1834). Más abajo, al hablar de la poesía, completaremos el pensamiento de Larra.

PARTIDOS POLITICOS. — En su crítica de La Mogigata, de Moratín (febrero 1834), habla de la censura ejercida por un partido «caviloso y débil». Y añade Larra: «Y decimos débil porque sabido es que tanto más tiránico es un partido cuanto menos fuerza moral, cuantos menos recursos físicos tiene de que disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va a buscarlas a las ajenas conciencias, y teme la palabra. Sólo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinión puede arrostrar la verdad, y aun buscarla. Inseparable compañero de ella, no teme la expresión de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible».

PASADO (EL). — En el artículo, tantas veces citado, Jardines públicos. Sólo el olvido del pasado, de «nuestras antiguas costumbres», puede hacer variar «nuestro oscuro carácter». Pero... «las costumbres no se varían en un día». ¡El pasado! Estudiémoslo para ver lo que hay de aprovechable en él; estudiémoslo imparcialmente, sin pasión.

PATRIOTISMO. — En El castellano viejo (diciembre 1832) se contienen las ideas más típicas de Larra sobre esta materia. «Es tal su patriotismo que dará todos los líderes del extranjero por un dedo de su país». Patriotismo que consiste en encontrar bueno todo lo de España, sea lo que sea, y en no querer que se censure nada de lo de España. (Entonces, ¿cómo vamos a desear que haga otra cosa mejor?). Patriotismo que «vive de exclusivas», según la fórmula feliz de Larra. En otra parte escribe el autor irónicamente: «Y en cuanto a escribir, escribir nuestros mismos defectos para que los corrija, es disparate, porque no por eso los hemos de corregir. Debe alabarse todo lo que hagamos siquiera para no dar que reír a nuestra costa a los carlistas» (Dos liberales ó lo que es entenderse, primer artículo, noviembre 1834).

PEREZA NACIONAL. — Un extranjero llega a España; desea acometer una empresa importante y beneficiosa para el país; necesita ver a los gobernantes, a altos funcionarios, a empleados; hay que resolver trámites y allanar dificultades. Pero

todo esto es casi imposible; no se encuentra a nadie; todo se dificulta y se retarda; hay reglamentos y plazos que embarazan la marcha del asunto. Los días pasan; los meses pasan. «Pero en este país ¿existe una conspiración, una intriga contra todo el que quiere trabajar y hacer algo?», exclama el extranjero. Y contesta Larra: «No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; o ¿juro que no hay otra. Esa es la gran causa oculta». Y a continuación: «Es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas» (Vuelva usted mañana, enero 1833). Han cambiado algo las cosas. Ahora, cuando se trata de empresas importantes, los extranjeros comienzan por nombrar consejeros, con buenos sueldos, a los políticos españoles; así todo va bien y no hay dificultades. Lo malo es cuando los propios españoles han de resolver algo en los ministerios, con los gobiernos, y no disponen, para agraciarse a los políticos, de sueldos y emolumentos en empresas y compañías.

PERIODICOS. — Periódicos de Madrid. «Los periódicos son como los jóvenes de Madrid: no se diferencian sino en el nombre». (La vida de Madrid, diciembre 1834). Uniformidad, falta de relieve y originalidad en los periódicos (con alguna excepción). Todo igual siempre y todo gris. Larra escribe en 1834. Ya hablaremos detenidamente de los periódicos de esa época.

POESIA. — «La obscura ampulosidad es una montaña que abruma nuestra poesía». Ampulosidad, sí; pero no obscura. Quintana no obscuro; Arriaza no era obscuro. Los dos vivían cuando se estampaban las palabras de Larra. Sigue el autor: «No es la palabra la sublime; séalo el pensamiento». Juzgamos necesario el perfecto arte de la rima en el poeta; pero «siempre daremos preferencia en todo caso a las ideas» (Poesías de don Francisco Martínez de la Rosa, septiembre 1833). En nuestra poesía todo es superficial y vulgar. «Ningún rumbo nuevo; ningún resorte no usado». (Poesías de don Juan Bautista Alonso, febrero 1835). Alguna vez hemos encontrado, en nuestras exploraciones por las librerías de viejo, el volumen de versos del señor Alonso, al que Larra hizo el honor de dedicar todo un artículo; está impreso con esos caracteres gordos y negros que en las imprentas llaman egipcios y que usó en Valencia el famoso editor Cabrerizo. ¿Por qué Larra le hizo un artículo a este señor Alonso? De una de las poesías de este tomo, la dedicada a La vida feliz, dice Larra que es de lo mejor que hay escrito en castellano y en cualquier lengua. ¿Y no lo sabíamos! Querido Larra, ¿es cierto eso? ¿De veras? ¿No nos engaña usted?

(Dos horas después de haber escrito las anteriores líneas.—Hemos ido a una tiendecilla donde sabíamos estaba el libro del señor Alonso; deseábamos leer la poesía que tanto encomia Larra. ¡Ay, no habíamos tomado en serio la afirmación de Figaro, pero no creíamos que la tal poesía fuera tan endebilita! El volumen lleva la fecha de 1834 y está impreso por don Tomás Jordán, el editor del Diario de Madrid. Comienza el poeta:

Salgamos, bella Jacinta, a ver tu hermoso jardín y el robleado de la quinta, pues ya canta el colorín y el sol tus rosales pinta.

Luego, a lo largo de esta composición que ocupa diez páginas, hay cosas como esta: «Después de haber visto el mar—con admiración y espanto... O como ésta: «Si allí boga el marinero—sobre la espuma de plata,—aquí el feliz jornalero—penetra en la tierra ingrata—con el azadón de acero». Y también: «Desde aquí se ven cruzar—cien fragatas portuguesas—hacia la barra del mar,—que van sin duda a buscar—las mercancías inglesas...»

«Es de lo mejor que hay escrito en castellano y en cualquier lengua». Y añade Larra: «¡Qué sencillez tan elocuente! ¡Qué giros tan castizos, tan elegantes! ¡Qué verdad, qué pureza, qué encanto singular! Y luego recomienda al lector que la lea dos, tres veces «y no salga de ella jamás».

La sombra de Larra: ¡Ironía, ironía! POLICIA. — Un artículo dedica Larra (La Policía, febrero 1835) a este asunto. Con bastante energía se expresa en él. Para todo—dice—se necesita saber algo; nada para ser policía. «Para ser policía basta con no ser sordo». (Para ir escuchando en corrillos y tertulias y luego delatar). «España se ha dividido siempre en dos clases: gentes que prenden a gentes que son prendidas». El autor impugna un crédito de ochenta millones de reales concedido para policía. «... Pagaremos en compañía de nuestros compatriotas ocho millones para que nos averigüen nuestras conversaciones, nuestros pensamientos, nuestros... Y si algún día la policía nos prende, como es probable, por anarquistas, exclamaremos con justo entusiasmo: ¡Buena cárcel nos mamamos; pero buen dinero nos cuesta!»

POLITICOS. — «No nos falta la calabaza; ni, como pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube y se dá a luz sale calabaza?» (Figaro dado al mundo, diciembre 1836). De todo hay; bueno y malo; excelente y pésimo.

AZORIN

Cotidianas

En la carta dirigida por don Antonio Maurra al señor Delgado, hay un párrafo de tres líneas que compendia todo un programa de buen gobierno y de gobierno genuinamente democrático por añadidura. Según el honrado estadista, las clases directoras se han de poner en contacto con las clases populares para auxiliarse en el conocimiento de la verdad y traerlas al ejercicio dignificador de sus derechos y cumplimiento de sus deberes de ciudadanía.

Ahi están la madre del cordero, el eje mayor de la máquina social y el quicio de las instituciones políticas, aunque otra cosa le pareciera a mi dulcísimo enemigo Pepito Aguilera que de tanto gritar ¡Maura, no! tiene ya ¡ay dolor! unas cuantas hebras de plata en su hasta hace poco negrísima barba, encanto, si no envidia, de las Pepitas, Anitas, Elviritas y otras itas sin hache, pero con muchísima letra menuda.

Pues en la educación cívica de las clases populares, por magisterio de las directoras, están los fundamentos de buen gobierno; y parece mentira que desde los doceañistas del siglo pasado hasta los reformistas del siglo presente no se hayan percatado los políticos menudos de la inutilidad y aun contraproducción de la siembra sin que preceda el laboreo es decir, el despropósito de predicar apotóticamente la democracia e instituir como castillejos de naves el sufragio universal, el jurado, el matrimonio civil, el servicio obligatorio y demás llamadas conquistas democráticas, sin educar previamente a las clases populares para intervenir conscientemente en la vida pública.

A unos les parece que gobernar es poner la firma en la documentación oficinesca sin cuyos trámites fenecería la moralidad administrativa. Otros creen que gobernar es favorecer a los contentillos y no dar el biberón a quien no lo ore ó no amenace. Algunos opinan por criterio ajeno que gobernar es transigir, vulgo pastelear. Los que tengan verdadero concepto de la sociedad civil, no podrán por menos de reconocer que gobernar es dirigir, educar, proteger, amparar y sobre todo poner a los ciudadanos en condiciones tales que cada día necesiten menos autoridad porque cada día sean más dignos de libertad.

Estadistas y demagogos no han cesado de hablarle al pueblo de sus derechos y de excitarlo contra la opresión y tiranía del despotismo, aunque este despotismo fuese tan ilustrado como mi dulcísimo y envidiado enemigo Pepito Aguilera; pero nadie se acordó de estimularlo al cumplimiento de sus deberes en que por correlación social se encierra el ejercicio de todo derecho.

En cambio, los partidarios del palo y tente tieso, de la política opresiva y persecutoria, siempre al humero de conspiraciones y conjuras, nada absolutamente hicieron para convertir las blusas en chaquetas y las chaquetas en levitas, para elevar a potencia de mayor exponente la masa social por medio del eficaz sistema de selección, que trata a cada cual según su valía y merecimientos.

Por el contrario, ha prevalecido y prevalece el funesto sistema de recomendación y compadrazgo que encumbra a las nulidades, posterga a los aptos, deja en la ignorancia a los obreros y abre una sima entre ricos y pobres, con gravísimo peligro de trastocar la democracia, que ha de ser la fuerza resultante de todas las componentes sociales, en la anarquía mansa donde no quepa institución social asentada sobre los firmísimos cimientos de la educación cívica de las clases populares por magisterio de las directoras.

Y según afirma mi dulcísimo enemigo y casi arquitecto Pepito Aguilera, en colaboración con las Pepitas, Anitas, Elviritas y otras itas sin hache y con mucha letra menuda, no se ha descubierto hasta ahora el procedimiento de empezar las casas por los tejados ni de establecer democracias entre analfabetos.

ALFENIQUE

Cartas de un español de España a un español de América

III

Habrà visto usted ya, amigo y señor mío, que la guerra ha servido, entre otras cosas, para poner en claro unas que parecían turbias y a poner turbias otras que parecían claras. Así la libertad y la democracia han quedado reducidas a la categoría del paraguas, que sirve únicamente para cuando caen cuatro gotas y estorba en un chaparrón. En los ominosos tiempos en que no existía esta preciosidad de conquista llamada libertad y en cambio los pueblos gozaban de libertades, para hacer la guerra tenían los reyes que consultar a los pueblos; pero ahora no hay necesidad de molestarlos con tan fastidiosas consultas, y los gobiernos más democráticos han ido a la guerra sin más que dar cuenta a las Cortes, unos de que iban a ella, otros de que ya la habían comenzado, con lo cual, estando por remedio el honor nacional comprometido, claro está que venía a ser el «usted dispense» después del pistón. Suerte ha sido, sin embargo, que los pueblos, por lo que han dicho las respectivas prensas, no deseaban otra cosa, y en cada país acogieron la idea de despachurrar al vecino y ser despachurrados por él con verdadero gusto.

Con todo, yo me tengo mis dudas, y creo que si se hubiera acudido a un plebiscito, lo más probable es que unos y otros lo hubieran dejado para más adelante, para otra generación, ¿no le usted? pero me dirá usted que la rapidez con que se llevan a cabo hoy los aprestos de guerra, y por lo tanto las invasiones, priva del tiempo de que disponían antes en las guerras, para consultar al pueblo en un plebiscito, como realmente tendría que hacerse si hubiera verdadera libertad y verdadera democracia. Esto, sin embargo,

por pocas vueltas que le dé usted, le demostrará que la maquinaria con que se gobierna a los pueblos liberales y democráticos no anda a la misma velocidad que el progreso de las demás ramas del arte y de la ciencia, y que el liberalismo es una carreta de ejes enmohecidos, que chilla mucho pero no rueda. En una palabra, que no es un sistema de gobierno científico y a la altura de los tiempos.

Porque la verdad es que este asunto de la guerra es bastante más formal que la aprobación de unos presupuestos, un programa político ó un cambio de gobierno: estas cosas interesan en el fondo a todos, pero a los que no han de salir de pobres superficialmente y al fin y al cabo sólo tocan al bolsillo, y cuando más a las opiniones políticas y sociales de los menos; pero este asunto de la guerra es cosa que interesa a todos, absolutamente, en cosa tan preciosa como es la vida, amén de la hacienda, y no ya de la vida propia sino de la de nuestros hijos, que es mucho más cara. Me parece, por lo tanto, que a ser cierto eso de la democracia y la libertad, el que tiene la sangre y la vida en peligro debiera tener derecho a que se le consultara, aunque, en cambio, no le consultaran sobre la rebaja de los aranceles. Al fin y a la postre antiguamente iban a la guerra los profesionales, los belicosos y cuando más la gente moza y adiestrada; pero hoy se echa mano de todos: de la gente moza y de la madura, aptos y no aptos, belicosos y pacíficos, guerreros y sacerdotes.

Ya sé, ya, que cuando el honor de la patria, el porvenir de la raza, el poderío nacional, la civilización, el progreso, el cerecío, etc., están en peligro no hay más remedio que acudir a las armas; pero lo que decía yo es que en estos trances la libertad y la democracia prestan el mismo servicio que un paraguas agujereado cuando cae un chaparrón, y así, en lugar del plebiscito, lo primero que se decreta es la ley marcial, se suprime la libertad de imprenta y se instituye la censura; y se arrinconan todas las libertades, porque si no podría comprometerse el honor nacional y aun poner en peligro la defensa de la patria, ó sea que la libertad no sirve entonces más que de estorbo. Y por si no bastara la censura gubernativa hay la otra censura, la de los patriotas, que todavía es más radical y hermética. Una frase de D'Annunzio la pinta. Este poeta, que en el primer acto de la entrada de Italia en la guerra ha cantado el aria de tenor, ha dicho: «Si encontráis por la calle a algún neutral, abofetad!» y claro está: Giolitti, que era tenido hasta entonces por el político más eminente de su país y que lo engrandeció con la conquista de Trípoli y la Cirenaica, ha tenido que ponerse un candado en los labios y retirarse por el foro a esperar el acto final de ésta que va a ser no una ópera de Bellini, sino una verdadera tragedia. Ahora, si a Giolitti le ha pasado esto, figúrese lo que le pasaría en estos tiempos de libertad, a cualquier pobre hombre que tuviera tres ó cuatro hijos en edad de empuñar las armas y se atreviera a opinar contra la guerra. Vaya, que la libertad de la palabra y del pensamiento son unas preciosas libertades para andar por casa y en zapatillas.

Me dirá usted también que esto de ir ó no ir a la guerra no es harina del costal popular y que las masas—¿por qué no decirlo claro, puesto que la idea y el hecho son los mismos? la plebe—no saben lo que se pescan en estos trances, ya que no conocen los negocios diplomáticos, ni las fuerzas del adversario ni las propias, ni los recursos propios ni los ajenos, ni de qué parte está la justicia ni dónde la conveniencia, ni cuándo ha llegado el momento propicio ni cuando no ha llegado aún, y, como es natural, procederían a tontas y a locas y le echarían todo a rodar, optando por la guerra cuando fuera segura la derrota y optando por la paz cuando ésta no conviniera. Razonable y razonadísima observación; pero que refuerza más mi argumento, pues de cualquier modo lo considere usted y por más vueltas que le demos, resultará siempre que la libertad y la democracia, en los apuros de una nación, no sirven más que de estorbo.

Pero ¡ay, amigo mío! es que tampoco sirven en la paz para maldecir la cosa; es que ni aun para las cuatro gotas sirve este paraguas agujereado, porque si el pueblo no debe tener (y en realidad no tiene) voz ni voto, porque no posee inteligencia bastante ni suficiente conocimiento del asunto, en lo que respecta a las relaciones internacionales y a los asuntos militares y económicos ¿lo tiene mayor ni más ilustrado para los asuntos de todos los días, que al fin son los que preparan los de esos otros días, llamémoslos de nesta, por no decir, como debería decirlo, trágicos? Y es que con perdón de usted y de la libertad y de la democracia, el mismo pito tocan las muchedumbres, es decir, lo que llamamos pueblo, en los asuntos trágicos que en los sañetescos y tan soberano nacional es él como yo Archipánpano de las Indias.

De esta verdad—es decir de la farsa que desde hace más de un siglo se está representando en Europa con esto de la libertad y la democracia—parece que en este caso concreto de la guerra se ha percatado claramente el pueblo español y